

EL BARCO



DE VAPOR

Christine Nöstlinger

Federica la pelirroja



3ª EDICIÓN

DE
S

sin

Primera edición: julio 1997
Tercera edición: mayo 2004

Colección dirigida por Marinella Terzi
Traducción del alemán: Marinella Terzi
Ilustraciones: Barbara Waldschütz

Título original: *Die feuerrote Friederike*
© Dachs-Verlag GmbH, 1996
© Ediciones SM, 1997, 2002
Impresores, 15 - Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 84-348-9090-9
Depósito legal: M-189993-2004
Preimpresión: Grafilia, SL
Impreso en España / Printed in Spain
Orymu, SA - Ruiz de Alcaida, 1 - Pinto (Madrid)

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.



Había una vez una pequeña Federica, que tenía un cabello realmente especial. Unos cuantos mechones eran rojos como el fuego, los pelos del flequillo tenían color de zanahoria y el resto de su melena era como zumo de frambuesas.

Además, tenía pecas en las mejillas y era bastante gorda.



Federica vivía en una casa vieja, arriba, bajo el tejado. Para llegar a la puerta de la vivienda, había que subir cien escalones. Con su tía y un gato vivía Federica.

El gato se llamaba Gato. Era grande, gordo y viejo. Tenía la piel rojo fuerte. Se pasaba todo el día durmiendo en una butaca. Los gatos viejos duermen a menudo. Nunca trepan al tejado, no cazan ratones y tampoco juegan con niñas pequeñas.

No ronronean. Solo estornudan a veces.



La tía se llamaba Tianna y era todavía más vieja que el gato. De joven, había tenido el cabello rojo, como Federica. Y pecas. Ahora su pelo era blanco y las pecas habían palidecido con el tiempo. Pero seguía estando gorda. Muy gorda.

Tianna nunca salía a la calle. Se pasaba el día sentada en una butaca, junto a la del gato. Hacía punto, leía, dormía o pensaba. Conservaba el punto en las manos cuando leía, pensaba o dormía. El libro estaba siempre abierto frente a ella. Nunca se sabía con precisión si estaba haciendo punto, durmiendo, leyendo o pensando.

Hacía más de un año que leía aquel libro. A pesar de eso, seguía en la primera página.



Federica iba todos los días a comprar. Lo hacía a disgusto. Porque la gente se reía de ella. Sobre todo, los niños. Cuando la veían, gritaban: «¡Ahí viene Federica la pelirroja! ¡Fuego, fuego, le sale fuego de la cabeza!».

Si Federica escondía su cabello bajo un sombrero, los niños se lo arrancaban de la cabeza.



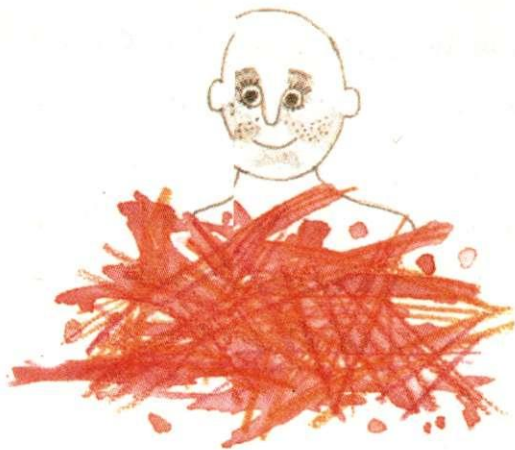
Algunos la esperaban delante de su casa hasta que se iba a la compra. Entonces corrían tras ella y le tiraban de los pelos. Lo encontraban divertido.

Federica había intentado a menudo deshacerse de su cabello.

¡Se lo cortaba!



Una hora más tarde...
¡Fuera con él!



Tres horas más tarde...
¡Allí estaba otra vez!



Otras dos horas más tarde...
No había nada que hacer.



¡Era para gritar!
El cartero Bruno no se reía del pelo
de Federica. Pasaba por allí una vez al
mes y le llevaba dinero a Tianna. Ni



siquiera se había dado cuenta de que Federica tenía los cabellos rojos. Era daltónico. Pero no lo sabía nadie, ni su propia mujer.

Una vez que el cartero llegaba arriba, tenía que tomar aliento. Se sentaba con Federica en la cocina y le explicaba cosas de su trabajo, de su mujer y del jefe de correos. Y Federica le contaba que los niños se burlaban de ella a causa de su cabello.

Al cartero aquello le asombraba.

—Siempre oigo que los niños quieren vestidos rojos y sombreros rojos y piruletas rojas y globos rojos. ¿Por qué no cabellos rojos?

—¡No lo sé! —contestaba Federica.

—He visto en el periódico la foto de una actriz famosa —dijo un día el

cartero—. Abajo ponía que era tan famosa porque tenía el pelo rojo.

—Será diferente —dijo Federica—. ¡De otro rojo tal vez!

El cartero se calló. No entendía de colores. Se despidió de Federica y bajó los cien escalones murmurando:

—Es una lástima, es una lástima, qué lástima...

Y seguía murmurándolo cuando regresó a su casa por la noche.

Su mujer le preguntó qué era una lástima, y él le explicó lo de Federica.

Después, también ella murmuró:

—Es una lástima, es una lástima, qué lástima...

Tianna aconsejó a Federica:

—Dile a los niños que no puedes hacer nada con tu pelo, y que quieres

jugar con ellos. Si juegas bien, les gustará y no volverán a burlarse de ti. ¡Es así de fácil!

Federica respondió:

—Si se ríen de mí, no hay modo de que me salgan las palabras y no puedo jugar bien. Nunca serán mis amigos, ¡y eso no es nada fácil!

Un día dijo Tianna:

—Federica, dentro de tres semanas tienes que ir al colegio.

—Me dan miedo los niños —contestó ella—. ¿No podría seguir siendo una tonta?

—Eso no está permitido —le contestó Tianna—. Vendrán a buscarte si no vas tú.

El primer lunes de septiembre Federica fue por primera vez al colegio.

Ese día nadie se rió de ella. Pero, ya el segundo día, un chico gritó cuando Federica entró en la clase:

—¡Le sale fuego de la cabeza!

La señorita se enfadó. El niño tuvo que dibujar como castigo dos líneas de círculos. Uno grande y uno pequeño alternativamente. Al cabo de un mes, prácticamente todos los niños habían recibido ese castigo a causa de Federica. Todavía no sabían escribir palabras.

Los niños se enfadaban por los castigos, pero no dejaban de burlarse de Federica.

La profesora fue a consultarle aquel problema al director. Él dijo:

—Haga como si no se enterara de nada. Los niños se aburrirán y dejarán de burlarse.



La profesora siguió ese buen consejo, que no lo era, e hizo como si no viera ni oyera nada de lo que los niños le hacían a Federica.

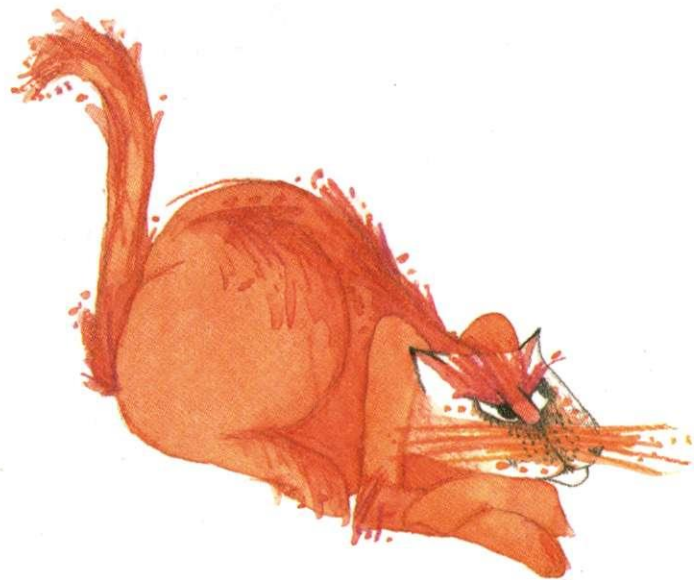
Federica sacaba muchos sobresalientes. Era buena y aplicada. La señorita la alababa todos los días. Los niños no podían soportarla.



Una tarde, mientras Federica, Tianna y el gato Gato estaban tomando cacao, la niña le preguntó a su tía:

—De pequeña tú también tenías el pelo rojo. ¿Los niños no se burlaban de ti?

—Ha pasado mucho tiempo, lo he olvidado —respondió Tianna.



Entonces el gato gritó:

—¡No mientas!

El gato hablaba muy poco. Solo cuando era imprescindible.

—¡Déjame en paz! —dijo Tianna—. Soy vieja, quiero tener tranquilidad.

El gato se levantó y puso las patas de delante sobre la mesa. Su pelo, de un rojo brillante, se erizó. Sus ojos refulgieron como esas piedras preciosas llamadas rubíes, y bufó:

—Ajá, quieres tener tranquilidad, ¡vieja egoísta! Si no le dices a Federica cómo te defendiste, ¡se lo diré yo!

Tianna silbó como una serpiente:

—¡No diré nada, solo traería disgustos!

—¡Mejor disgustos que penas! —resopló el gato.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Federica.

—¡De que vuestros cabellos pueden arder! —gritó el gato. Levantó una zarpa y señaló a la tía—. Los niños no se atrevían a burlarse de ella. ¡Tenían miedo de las quemaduras!

—¿Se ha vuelto loco? —le preguntó Federica a su tía.

Tianna suspiró.

—Es cierto que nuestros cabellos tienen esos poderes. Si murmuramos ROJA, ROJA, GING, GING, ¡FUEGO ARDE EN OTAKRING!, empiezan a arder. Y si murmuramos GING, ROJA, GING, ¡PARA YA! FUEGO, FUEGO, ¡NO ARDAS MÁS!, dejan de arder.

Federica no podía creerlo.

—Pruébalo..., pero no en casa.

ROJA, ROJA, GING, GING,
¡FUEGO ARDE EN OTAKRING!

—¡Genial! ¡Genial! ¡Genial! ¡Funciona!





Todos los días, cuando Federica volvía del colegio, el gato le preguntaba si se había defendido.

No, no lo había hecho. No quería arder.

Y Tianna decía:

—¿Lo ves, Gato? No le sirve de ayuda. ¡Lo sabía!



Un día, los niños idearon algo nuevo. Cuando Federica iba camino de la

frutería con su gran cesta de la compra, se tiraron sobre ella.

Tres niños le quitaron la cesta de las manos.

Tres niños la agarraron y la metieron en la cesta.

Tres niños cogieron un asa de la cesta.

Tres niños cogieron la otra asa.

Así llevaron a Federica por toda la ciudad.

Los niños que no tenían nada que hacer corrían detrás, riendo y cantando:

—¡Vamos a apagar el fuego! Tatí... tatí... tatí, ¡somos los bomberos! ¡Vamos a tirarla al río!

No es seguro que los niños fueran a tirarla al agua de verdad. De todas formas, Federica lo creyó y tuvo mucho



miedo. El agua era profunda y no sabía nadar. La cesta se balanceaba y Federica no conseguía salir de ella.

Entonces murmuró:

—ROJA, ROJA, GING, GING,
¡FUEGO ARDE EN OTAKRING!



Sus cabellos comenzaron a crepitar y se pusieron muy tiesos. Sentía mucho calor alrededor de la cabeza.

Los niños dejaron caer la cesta y corrieron lejos. Unos cuantos comenzaron a gritar. Federica murmuró:

—GING, ROJA, GING, ¡PARA YA! FUEGO, FUEGO, ¡NO ARDAS MÁS!

Salió de la cesta y se fue a su casa.

En aquella ocasión el gato no tuvo que preguntar. Se notaba que Federica se había defendido. Tenía la cara negra de hollín, y los cabellos completamente tiesos.

—Bien hecho —la alabó el gato.

No había ni un solo niño de los que habían jugado a los bomberos que no tuviera quemaduras. Las madres querían saber con qué se habían que-



mado, pero los niños no dijeron nada. Solo una niña pequeña le contó a su madre:

—¡Federica nos ha quemado! ¡Sus cabellos pueden arder!

La madre no la creyó, pero su bisabuela sí. Recordaba que en su infancia también había habido una niña a la que le ardía el pelo. No dijo nada. Tenía miedo de que la tomaran por loca.

Durante algunas semanas, todo fue bien. Los niños dejaron a Federica tranquila. La profesora se alegró. El director le dijo:

—¡Ve usted cómo le di un buen consejo!

El cartero ya no tuvo que murmurar «Es una lástima».

Y el gato Gato volvió a dormir durante todo el día.

Sin embargo, nada iba bien.

Los niños susurraban mentiras sobre Federica. Decían:

—Es mala y peligrosa. ¡Tenemos que protegernos de ella!

Y decidieron armarse.

Cinco semanas después del juego de los bomberos, cada niño tenía su arma. Tirachinas, piedras, pistolas de agua, petardos... Uno tenía arco y flechas.

En el colegio no harían nada. No querían que los castigaran más.

—Lo solucionaremos en la calle —dijeron.

A la salida del colegio, fueron tras Federica y dispararon. Cuando un niño acertaba en el blanco, dibujaba una



cruz en un papel. Después, comparaban los papeles y los niños que tenían más cruces se sentían orgullosos.

Pronto Federica estuvo cubierta de cardenales.

Tianna le dijo al gato:

—¡Tú eres el culpable porque le desvelaste el secreto!

El gato hizo como si fuera un gato absolutamente convencional y no respondió.

El cartero volvió a murmurar durante todo el día y también por la noche:

—Es una lástima, es una lástima, qué lástima...

—¿Los niños vuelven a burlarse de ella? —preguntó su mujer.

—¡Ahora le disparan! —dijo él.



—No puedes permitirlo —gritó la mujer—. Te pasas todo el día llevando cartas y dinero. Si te desvías solo un poco de tu camino, puedes llevar a Federica al colegio y luego recogerla. Si estás con ella, los niños no se atreverán a disparar.

El cartero le explicó que el jefe de correos había establecido su recorrido y que le estaba prohibido hacer otro trayecto.

Su mujer dijo:

—El jefe de correos está sentado en su despacho y no se enterará de nada.

A la mañana siguiente, el cartero Bruno acompañó a Federica al colegio y la fue a recoger al mediodía. A pesar de eso, un chico se atrevió a disparar. La piedra de su tirachinas le dio al car-

tero en la oreja. Bruno se puso hecho una fiera, corrió tras el niño, lo agarró y le dio un par de bofetadas.

Cuando el chico llegó a su casa, tenía el rostro rojo e hinchado. Su madre gritó asustada:



—¡Eso son paperas!

—¡No! —lloró el niño—. ¡El cartero me ha pegado!

—¿Por qué? —preguntó su madre.

—Yo no he hecho nada —aseguró su hijo—. ¡Debe de estar loco!

Entonces la mujer fue a quejarse al jefe de correos.

A la mañana siguiente, el jefe de correos mandó llamar al cartero Bruno y le preguntó:

—¿Pegó usted ayer a las doce del mediodía a un niño?

—Eran exactamente las doce y diez —respondió el cartero—. Y fue absolutamente necesario.

—¿Cómo es que estaba usted a las doce y diez minutos en el colegio?

—preguntó el jefe—. Según mi horario, debía estar usted en el cine. ¡Acláremelo!

El cartero no quiso aclararlo.

—Tengo que notificárselo al director —dijo el jefe—. Páseme el papel verde que está sobre esa mesa (las notificaciones al director debían extenderse en un papel verde).

Sobre la mesa había cuatro montones de papeles. El cartero no podía distinguir los colores. Así que cogió un papel del primer montón.

—Verde; blanco no lo quiero —dijo el jefe de correos.

El cartero tomó uno del siguiente montón. «Ojalá sea el verde», pensó.

—¡Verde; no amarillo! —gritó el jefe de correos.

El cartero volvió a intentarlo y cogió uno lila.

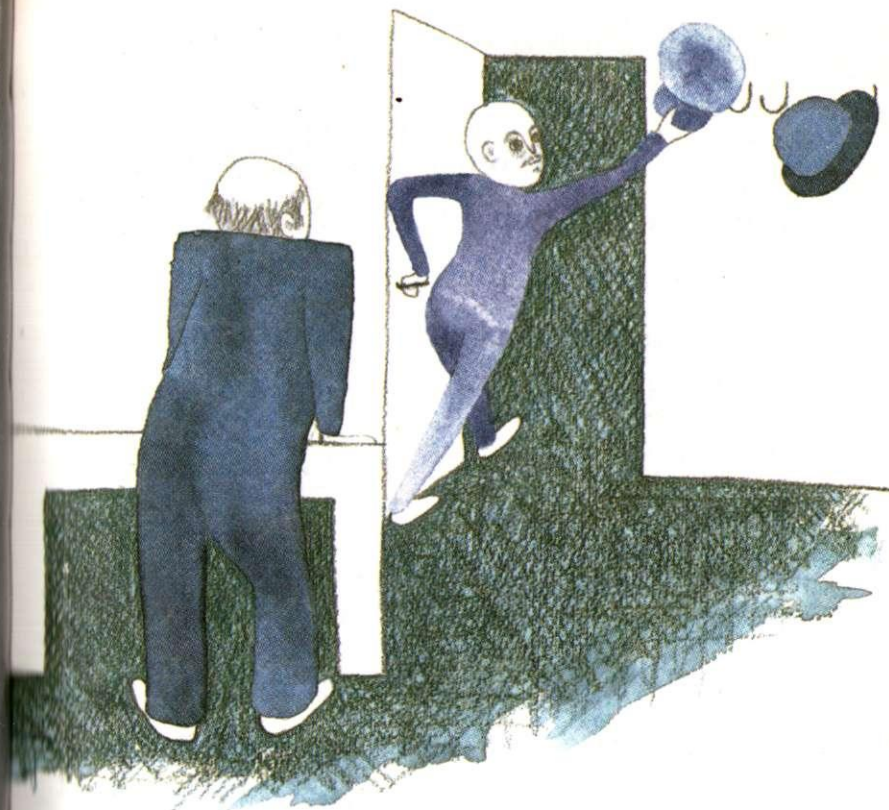
—¿Quiere usted tomarme el pelo? —gritó el jefe.

—No —dijo el cartero—. Simplemente, soy daltónico.

El jefe dio un puñetazo tan fuerte sobre la mesa que los funcionarios del despacho vecino creyeron que tronaba.

—¡Daltónico! —vociferó—. Entonces, ¡no puede distinguir los sellos rojos de los azules! Y va por trayectos prohibidos y pega a niños indefensos. ¡A partir de hoy está despedido!

—Entonces, adiós —dijo Bruno, se quitó la gorra, la colgó en el perchero de la pared y se marchó de correos para siempre.



«Mejor para mí», pensó. «A partir de ahora, podré ocuparme más de Federica.»

Su mujer también se alegró de que

le hubieran despedido. Así podría pasar todo el día con ella. Menos por la mañana y al mediodía, cuando llevara y trajera a Federica del colegio.

Una semana después de que hubieran despedido a Bruno, comenzaron las vacaciones. Los niños se fueron al campo o a la playa, y Federica consiguió tener tranquilidad.

Bruno iba cada tarde a visitarla, y llevaba con él a su mujer.

Federica leía por las mañanas. Tenía dos libros, se los había regalado la mujer del cartero. Además, Federica leía todo lo que ponía en las hojas de periódico que utilizaban en el mercado para envolverle la lechuga y los huevos. Y cuando ya había leído todo lo que ponía en esas hojas de periódico, se in-



ventaba cuentos y los escribía. Luego, cerraba los ojos y olvidaba lo que había escrito. Cuando ya lo había olvidado todo, abría los ojos de nuevo y leía aquellos cuentos. ¡Realmente era capaz de hacerlo!

A Federica le habría encantado leer el libro rojo que permanecía abierto delante de su tía. Pero el libro estaba escrito en un idioma extranjero.

—Enséñame ese idioma —le pidió a Tianna.

Ella contestó:

—No puedo. Lo he olvidado. Desde hace un año intento recordarlo, pero no lo consigo.

De todas formas, Federica solía hojearlo a menudo. No comprendía las frases, pero le gustaban. Incluso había dos que se sabía de memoria:

AL LÍ N ADI ES E BUR L ADE
N ADI E y

QU IEN S OBREV UE LAEL C
AMP ANA RIOLL EG AHAS TAA
LLÍ.

Una vez que Federica hojeara el libro rojo, encontró un sobre entre sus páginas. Ponía: PARA FEDERICA.

Federica nunca había recibido una carta. Se puso muy nerviosa. Quería correr a la cocina y preguntarle a su tía de dónde venía aquella carta. Pero el gato saltó sobre su hombro y le susurró:

—Ábrelo y léemelo. Tu tía lo metió aquí cuando todavía eras muy pequeña.

Federica sacó una hoja del sobre y le leyó al gato:

Querida hija:

Tengo que irme de viaje. Como todavía eres muy pequeña, no puedo llevarte. Cuando puedas leer esta carta, serás ya lo sufi-

cientemente mayor para saber si deseas quedarte donde estás o si prefieres venir conmigo.

Si no eres feliz, ven. Tráete al gato y a Tianna, si quieres. En el libro rojo pone la forma de llegar hasta aquí.

Tu padre

P. D. Tianna te explicará cómo se lee el libro rojo.

Federica se bajó el gato del hombro y fue a la cocina. El gato la siguió. Tenía la cola tiesa.

Tianna estaba haciendo albóndigas. Federica le dijo:

—Quiero ir con mi padre.

Tianna se secó las manos en el de-



lantal, fue con Federica al cuarto de estar y se sentó en su butaca.

—¿Has encontrado la carta? —le preguntó.

Federica asintió.

—Te la habría dado hace ya tiempo —dijo Tianna—. Pero ¡he olvidado la extraña lengua del libro rojo! ¡Lo único que te puedo decir es que tú puedes volar!

—¿Volar? —se asombró Federica.

El gato gritó:

—¡Tianna y yo también podemos volar!

—Ya no —dijo Tianna—. ¡Somos demasiado gordos y demasiado viejos!

—¿Qué tengo que hacer? —quiso saber Federica.

Tianna le explicó:

—Solo tienes que fruncir la frente. Frente lisa, frente con arrugas. Alternando. Entonces tu cabello se moverá como unas alas y podrás volar.

Federica lo probó enseguida.

Y en un abrir y cerrar de ojos estaba en el techo.

—Mueve las manos —dijo la tía.

—Agita los pies —dijo el gato.

A Federica le fascinaba volar. ¡No quería bajar nunca más!

Cuando llegó Bruno de visita, todavía revoloteaba por el techo.

El hombre se asustó muchísimo al ver que la niña le saludaba desde la lámpara.

Pero cuando vio que tenía cara de felicidad, decidió alegrarse.

También examinó el libro rojo.

Y tuvo una buena idea.

Llamó a su mujer y le pidió que fuera rápidamente.

Tenía que llevarles cien hojas de papel de dibujo.

Una hora después, su mujer estaba allí.

Cortaron cada hoja en cuatro.

Así tuvieron cuatrocientas tarjetas.

Se sentaron a la mesa –cada uno cogió cien tarjetas– y escribieron:

E LVI A JE DUR AUN AHO RA.

En el caso de que comprenda esta frase, sea amable y ayúdenos.

Es importante.

Tianna & Federica

Calle de la Estrella 7/10/20





Ya era medianoche cuando acabaron de escribir las cuatrocientas tarjetas.

La mujer de Bruno se marchó, cansada, a casa. Tianna, Federica y el gato Gato se fueron a dormir. Bruno todavía tenía algo que hacer.

Metió todas las tarjetas en la cesta de la compra y fue repartiéndolas de casa en casa.

Igual que antes, cuando todavía era cartero.

Echó las tarjetas en los buzones de aquellas casas en las que pensaba: «Aquí vive una persona inteligente» (quien ha trabajado cuarenta años de cartero es capaz de juzgar estas cosas).

A la mañana siguiente, Federica estaba muy nerviosa. El gato también andaba intranquilo. Y a la tía se le escaparon varios puntos de las agujas.

Esperaron impacientes durante todo el día.

—Esperemos que venga alguien —decía Federica cada dos minutos.

—Seguro que viene alguien —decía el gato cada dos minutos.

Y Tianna replicaba cada dos minutos:

—Gato, en el caso de que venga alguien, cierra la boca. A la gente no le gusta que un gato hable.

Por la tarde llamaron a la puerta.

Era un hombre bajito y delgado, que llevaba una de las cuatrocientas tarjetas en la mano.

—Soy el profesor Profi —se presentó, y entró en la casa, dándole la tarjeta a Federica.

Entre las letras de la frase del libro rojo había unas rayas hechas a lápiz:

E L/VI A JE/ DUR A/UN A/HO RA.

Federica comprendió enseguida lo que quería decir el profesor. Tianna, también, pues gritó:

—¡Claro! ¡Cómo pude haberlo olvidado!

El profesor Profi hizo una pequeña reverencia.

—Tengo un poco de prisa, estimadas señoras —dijo.

Fue a la ventana abierta y se quitó el sombrero. Tenía el cabello de color rojo fuego.

—Ha sido un placer —dijo, se subió al alféizar de la ventana y salió volando.

—Creo —dijo Tianna— que era mi primo. Desapareció un día hace cincuenta años. Pero entonces se llamaba de otra manera.



—Su especialidad eran los cambios de nombre —comentó el gato—. Lo he reconocido enseguida, pero yo tenía que mantener la boca cerrada.

Federica se tumbó en el suelo y abrió el libro rojo.

—¡Lee en voz alta! —le pidió el gato.

Federica leyó la primera página:

Hay un país donde todas las personas son felices. También los niños. Nadie se burla de nadie. Todos se ayudan entre sí.

También en la segunda página ponía cosas maravillosas de aquel país. Y en la tercera. Y en la cuarta y en la quinta.

Federica le leyó al gato y a Tianna

que en aquel país nadie tenía que trabajar duro. Y que nadie quería ser más rico que los demás. El zapatero hacía zapatos porque le gustaba. El que necesitaba zapatos, iba a buscarlos. Sin pagar nada a cambio. Y si el zapatero quería pan o lechuga o libros o unos pantalones, iba a las personas que amasaban pan,

plantaban lechugas, imprimían libros o cosían pantalones; y cogía lo que necesitaba. Sin pagar nada a cambio.

Y si alguien en aquel país no quería trabajar, la gente le daba las cosas por nada.



No eran avaros. A pesar de eso, la mayoría de la gente trabajaba. Porque cada uno trabajaba en lo que se le daba mejor. Y para los trabajos que nadie quería hacer, habían inventado máquinas.

Páginas y páginas leyó Federica. Estaba ronca de tanto leer.

El gato dijo:

—Los detalles podemos seguir leyéndolos mañana. ¡Ahora lee cómo se llega hasta allí!

Federica pasó las hojas que todavía no había leído. Hasta la última página.

Allí ponía: ELC AMI NO HAST AAL LÍES CO MPLIC ADO.

Había que ir en tren; luego, en barco, y luego, de nuevo, en tren. Después, había que subir por caminos empina-

dos, montado en un burro, y, cuando el burro ya no podía más, trepar por rocas afiladas. No había que fiarse de los indicadores, pues hombres malvados los cambiaban de posición.



Solo a los pelirrojos les resultaba fácil viajar hasta allí. Iban volando. No tenían que hacer nada más.

E LVI A JE DUR AUN AHO RA. Quien sobrevuela el campanario llega hasta allí.

Federica cerró el libro.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó el gato.

Federica habría contestado: «Mañana mismo», pero Tianna estaba allí sentada con cara apenada y lágrimas en los ojos.

Así que dijo:

—¡Aún tengo que pensarlo!

Al día siguiente, a Federica la despertó un extraño ruido. Era temprano. La tía aún dormía. El ruido venía del desván. Allí estaba el gato Gato. Se que-



jaba y gemía y agitaba las patas y hacía círculos con la cola. Y todo eso, no en el suelo, ¡sino en el aire! Luego aterrizó con un fuerte cataplum a los pies de Federica.

—A partir de hoy —resopló—, no voy a comer ni un bocado más. Tengo

que adelgazar para poder volar bien. ¡Me voy contigo!

—No podemos dejar a Tianna sola —dijo Federica.

—Viene con nosotros —dijo el gato—. ¡Tengo mis planes!

Los siguientes días, tanto el gato Gato como Federica pasaron largas horas en el desván. La niña llevó las cosas más extrañas hasta allí: el peso de la cocina y un rodillo, dos pisapapeles, un mortero, una losa de mármol y la sartén de hierro colado más grande que encontró. Todas las piezas las fue pe-



sando antes de subirlas. Todas menos el peso, claro.

Tianna encontró papelitos con extraños cálculos:

<i>rodillo</i>	3 kg
<i>pisapapeles</i>	2 kg
<i>mortero</i>	4 kg
<i>teja</i>	12 kg
<i>losa de mármol</i>	7 kg
	<hr/>
	28 kg

No preguntó lo que significaba aquello.

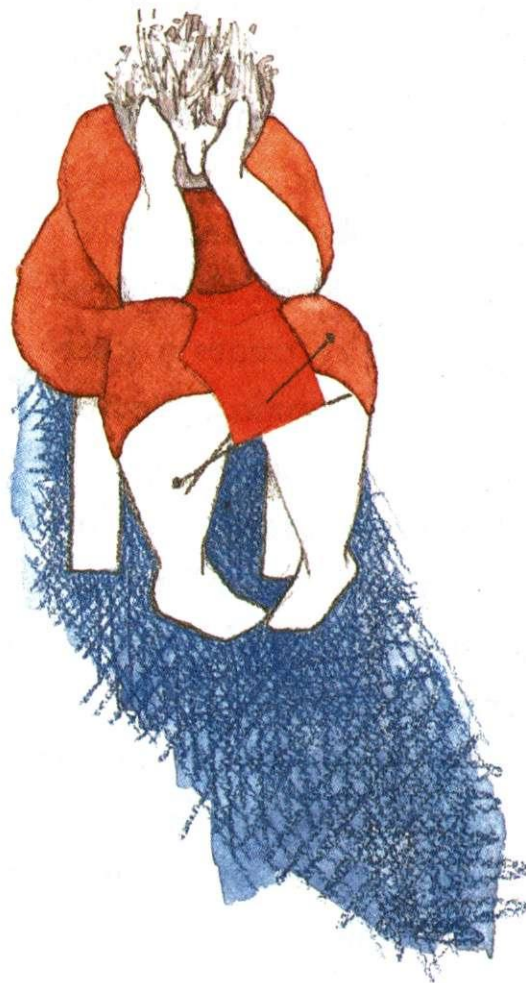
No preguntó lo que el gato y Federica hacían en el desván.

No preguntó por qué el gato y Federica ya no comían nunca.

Y tampoco preguntó por qué Federica se interesaba por lo que ella pesaba. Solo dijo:

—Debo de andar por los noventa kilos.

Tianna se pasaba todo el día sentada en su butaca, con mirada triste.



Cuando Bruno y su mujer fueron a visitarlos, lloró un poco y les contó que Federica ya sabía leer el libro rojo y que pronto se marcharía volando.

—Hay que comprenderlo —dijo Bruno.

Su mujer añadió:

—Si fuera joven, intentaría llegar hasta allí con los trenes y los barcos y los burros y escalando... ¡Siempre he soñado con un país así!

—Yo lo comprendo —sollozó Tianna—. Pero cuando ya no tenga a Federica y esté sola con el gato, será horrible para mí.

En ese momento oyó que Federica y el gato bajaban del desván y se enjugó las lágrimas rápidamente, como si todo fuera igual que siempre.

Un día de la semana siguiente, Federica cogió al gato bajo el brazo y explicó:

—Vamos a salir, pero volveremos pronto.

—Hace medio siglo que no sales a la calle —dijo Tianna al gato.

—Ya es hora de que lo haga —respondió él.

Una vez que Federica y el gato se hubieron marchado, Tianna se levantó y se puso delante del gran espejo. Estuvo contemplándose durante mucho rato. Luego, le dijo al reflejo de su imagen:

—Llorar no sirve de nada. ¡Tienes que hacer algo!

La Tianna del espejo gimió:

—Soy vieja, tengo el cabello blanco,

me mareo si miro por la ventana, ¡ya no puedo volar!

Tianna miró enfurecida a la Tianna del espejo y soltó:

—¡Bueno! ¿Y los aleteos que se oyen en el desván? ¡Sabes perfectamente que es el viejo Gato, que está aprendiendo a volar de nuevo! ¡Prueba tú también! ¡Inmediatamente!

La Tianna del espejo se asustó de verdad, pues Tianna había rugido aquellas palabras. Arrugó la frente, los cabellos blancos se le erizaron alrededor de las orejas y comenzó a mover los brazos. ¡Durante diez segundos se aguantó veinte centímetros por encima de la alfombra!

Luego, las dos Tiannas se posaron de nuevo en el suelo.



—Sin ayuda no lo lograré en la vida —dijo Tianna a la Tianna del espejo, le dio la espalda, cogió la agenda de teléfonos y buscó en la P—: Probus... Procek... Prodama... Prowinek —murmuró y, por fin, gritó—: ¡Profi! ¡Aquí lo tenemos!

Apuntó en un papel la dirección que estaba anotada junto al número de teléfono, cogió su bastón, bajó los más de cien escalones y fue cojeando hasta la parada de taxis. Se montó en el primer vehículo y le mostró el papel al taxista. El taxi se puso en marcha. Tianna cerró los ojos.

«Ojalá esté en casa», pensó. «Ojalá tenga tiempo para mí.»

Federica había ido con Gato a casa de Bruno. Ellos también necesitaban ayuda.

—La cosa ha ido así —les contó Federica—. Primero, el gato ha aprendido de nuevo a volar. Porque quiere venir. Después, hemos decidido llevarnos a la tía. Pero es demasiado vieja y demasiado gorda para aprender de nuevo a volar. Tenemos que transportarla de alguna manera. Por eso llevamos una temporada sin comer. Cuanto menos pesemos nosotros, más podremos cargar. Hemos ensayado en el desván para entrenar las técnicas de vuelo. Podemos cargar ochenta kilos, pero, por mucho que lo intentamos, no conseguimos llevar ni un kilo más. La tía pesa noventa kilos, y el cesto de la ropa en el que queremos sentarla, dos kilos más.

—Entonces, Tianna tendrá que adelgazar doce kilos —dijo la mujer de Bruno.

—Por eso hemos venido —explicó Federica—. Tenéis que convencerla de que adelgace. A vosotros os escuchará; a mí y al gato, no.

Tianna abrió los ojos cuando el taxi se paró.

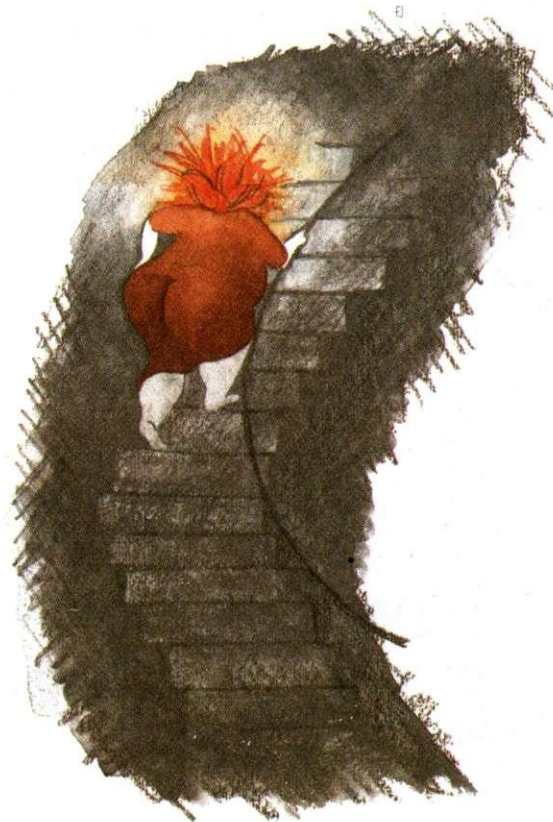
Pagó, se bajó y se metió cojeando en la casa ante la que se habían detenido. La puerta se cerró tras ella. En el vestíbulo reinaba la oscuridad más absoluta. Con mucha dificultad fue palpando la pared. De vez en cuando tropezaba. Estuvo a punto de caerse.

—Ahora solo faltaría que me rompiese una pierna —murmuró—. ¡Tiene que haber luz!

Se quitó las horquillas del moño y susurró:

—ROJA, ROJA, GING, GING,
¡FUEGO ARDE EN OTAKRING!

Chisporroteó solo un poco, hizo un ligero calorcillo, pero sus cabellos ¡ardieron!



Y con el reflejo de su luz, pudo leer el letrero de la puerta:

PROFESOR PROFI, ESPECIALISTA
ENTRE SIN LLAMAR

Tianna entró. Estaba en una habitación grande y luminosa. Por todas partes había máquinas extrañas y montones de libros. Sobre uno de los



montones estaba sentado su primo. En una mano tenía una taza de café; en la otra, la cucharilla.

Tianna se acercó y se sentó en un montón a su lado.

—Apaga tus cabellos —dijo el primo, separándose de ella.

Tianna murmuró:

—GING, ROJA, GING, ¡PARA YA!
FUEGO, FUEGO, ¡NO ARDAS
MÁS!

El primo se aproximó de nuevo a ella.

—Quiero aprender a volar otra vez —dijo Tianna.

—Eso no se olvida nunca —respondió el primo.

—Tengo miedo de estrellarme —dijo Tianna.

El primo se levantó y cogió dos crisoles de otro montón de libros.

Uno rojo y uno blanco. En el crisol rojo había una crema roja.

—Esto te dará valor —le explicó, metió la mano en el crisol, cogió una porción de crema roja y se la untó en la cabeza.

El pelo se le puso de color frambuesa.

—Y esta noche —dijo él— úntatelo con la crema blanca. Te crecerá más rápido que las cebollas y más espeso que las ortigas.

—¡Primo, te doy las gracias!

Tianna se levantó.

—Ahora me voy a casa.

—No. Vendrás conmigo al tejado —dijo el primo—. ¡Vamos a practicar!

—No puedo... ¡Me mareo! —se quejaba Tianna.

¡No había sufrido tanto en toda su vida! ¡Para su primo fue también un duro trabajo!



Al mediodía dijo, cansado:

—No puedo hacer nada más por ti. Ponte la crema dos o tres días más y volarás como cuando eras joven.

Se sentaron en la cornisa del tejado.

—¿Cuándo va a ser? —preguntó el primo.

—Como muy tarde, el domingo —contestó Tianna—. El lunes empieza de nuevo el colegio y Federica no querrá estar más aquí.

—Bueno —dijo el primo—. Te quedan cinco días para que te crezca el pelo. Mucha suerte. Que te vaya bien.

Tianna quería entrar por la ventana para ir al desván, pero el primo la detuvo.

—¿Para qué he sufrido contigo? —la riñó—. No vas a irte andando. ¡Vuela!

—¡Claro! —dijo Tianna, y abrió los brazos.



Cuando Federica, el gato Gato, Bruno y su mujer llegaron, Tianna estaba sentada en su butaca. Llevaba una toalla de rayas alrededor de la cabeza.

Bruno se plantó delante de ella y le habló. Le dijo cuáles eran los planes de Federica y el gato. Y finalizó:

—Para eso es preciso que pierdas doce kilos.

—No pienso perder ni un miligramo —gritó Tianna—. Y no me voy a sentar en el cesto de la ropa. Ahí viajarán Bruno y su mujer. ¡Yo voy a ir volando!

Se arrancó la toalla de la cabeza, arrugó la frente, se elevó y dio una vuelta por la habitación. Lo que ocurrió entonces no se puede describir con



palabras. Todos se volvieron locos. Federica abrazó al cartero, él a su mujer, ella al gato.

Y todos juntos abrazaron a Tianna. Tan pronto flotaban por el aire como daban volteretas por la alfombra.

Reían y lloraban, chillaban y lanzaban gritos de alegría, estallaban en risas y sollozaban. Todo a un tiempo.

Y cuando por fin se tumbaron exhaustos sobre la alfombra, Tianna dijo:

—Pero no podemos salir desde nuestro tejado. El cesto de la ropa no pasa por los tragaluces.

—Pues despegaremos a medianoche desde la plaza de la iglesia —propuso Bruno.

—¿Por qué de noche? —preguntó Federica—. Que nos vean todos. Nos iremos el domingo a las diez en punto. ¡La gente se quedará boquiabierta!

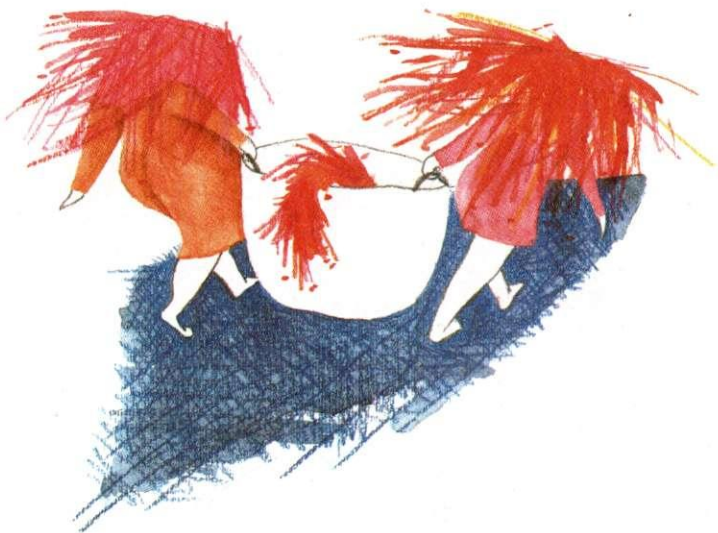
Les quedaban cuatro días.

Tianna, Federica y el gato Gato se untaban la crema del pelo tres veces al día. ¡El primo no había mentido!



El viernes se veían ya las pruebas del éxito.

En la plaza se amontonaban las personas. Acababan de salir de la iglesia. Por la explanada caminaban Fede-



rica y Tianna con el cesto de la ropa. Bruno y su mujer las seguían.

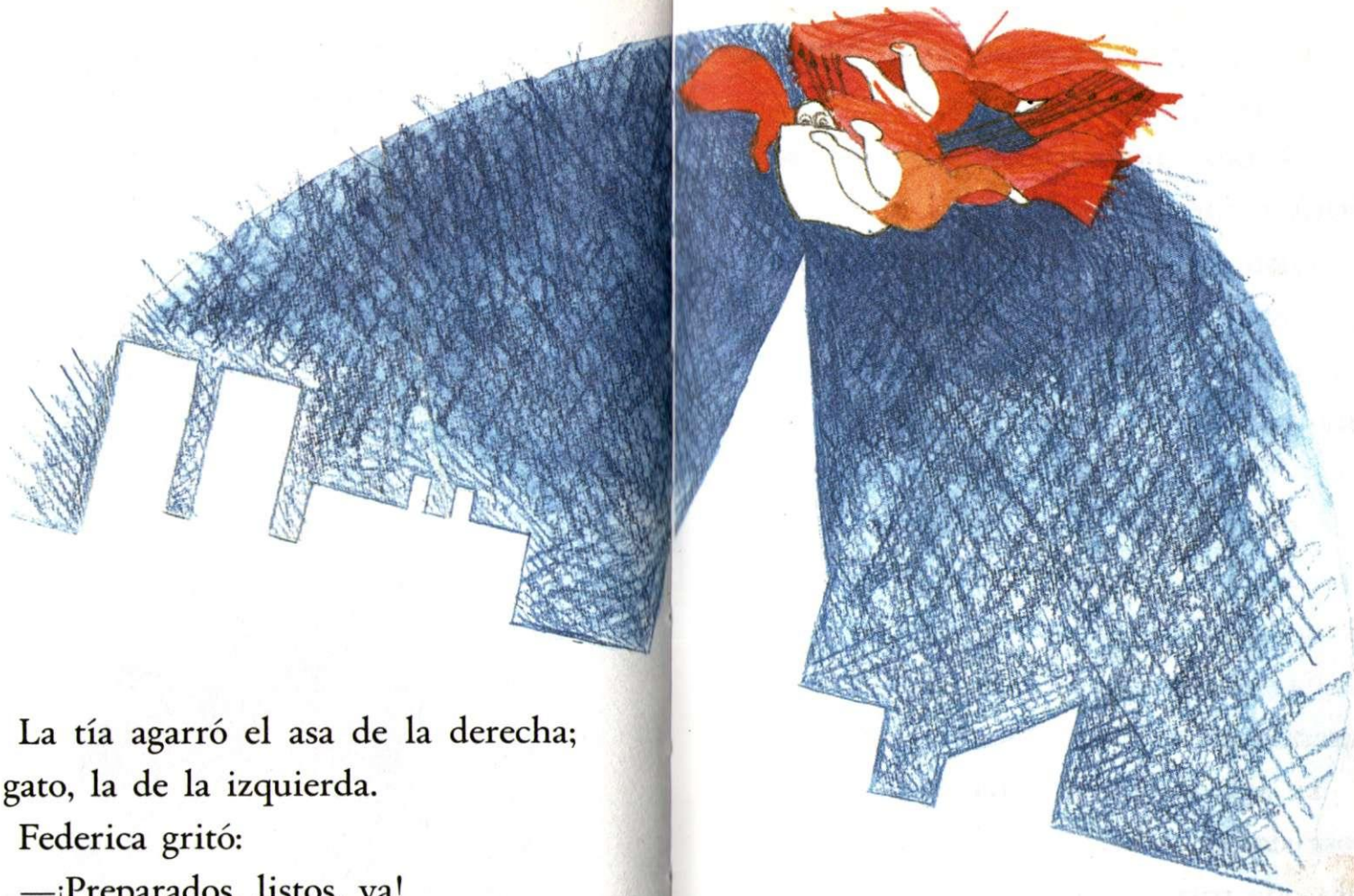
Soltaron la cesta. El gato saltó fuera. Tianna le dio a Federica unas hebras de bramante y la niña ató su pelo -mechones y mechones- al cesto.

Una vez que hubo acabado con el último mechón, dijo:

—¿Si me hacen el favor? —e hizo un ademán de invitación a Bruno y su mujer.

—Será un placer —gritó Bruno, dándole la mano a su mujer.





La tía agarró el asa de la derecha;
el gato, la de la izquierda.

Federica gritó:

—¡Preparados, listos, ya!

Y en el «ya» arrugó la frente. Sus
cabellos se transformaron en gigantes-

cas alas rojas y ya estaba en el aire. La
tía y el gato saltaron hacia arriba. Un

pequeño tirón más y el cesto con Bruno y su mujer se elevó también.

—Están más arriba del castaño —gritó alguien.

—Ahora sobrevuelan el campanario —gritó alguien más.

El alcalde lo vio todo desde la ventana del ayuntamiento. Y dijo para sí:

—No es bueno que los ciudadanos vean estas cosas. ¡Se desconciertan!

Corrió al teléfono y llamó al director del circo.

Las gentes en la plaza continuaban mirando al cielo.

Ya solo divisaban una mancha borrosa en la lejanía. Parecía una nube. Solo que roja, claro.

Entonces llegó el carromato del circo. De él saltaron un payaso, una equi-

librista, un mago y una pareja que llevaba una pértiga. La equilibrista tensó su cuerda y se balanceó sobre las cabezas de los presentes. El payaso hizo mil volteretas. El hombre se colocó la pértiga sobre la cabeza y la mujer trepó hasta arriba y se puso boca abajo. Y el mago sacó de su sombrero flores y conejos y pañuelos de seda.

El mago estuvo haciendo trucos, la equilibrista se balanceó sobre la cuerda floja, el hombre aguantó a su mujer en el aire y el payaso hizo volteretas hasta que no quedó ni una sola persona que mirara al cielo.

Entonces, se montaron en el carromato y se marcharon de allí.

Las personas regresaron a sus casas y comentaron:

—¡Ha sido un buen espectáculo!
Pero, sin duda, el mejor número era el
de la familia del pelo rojo.

El alcalde se frotó las manos y dijo
para sí:

—¡Lo he conseguido de nuevo!

Se tumbó en el sofá y se echó la
siesta.

Si te ha gustado este libro, también te gustarán:

Simsalabim, de Christine Nöstlinger

El Barco de Vapor (Serie Naranja), núm. 132

Uno se llamaba Sim. Otro se llamaba Sala. Otro se llamaba Bim. Sim levantaba dos perros San Bernardo con una sola mano. Sala podía correr tan rápido como el viento. Bim jamás se equivocaba en sus cálculos y creaba versos como un poeta. Juntos se transformaron en Simsalabim. Y ya nadie fue capaz de detenerlos.

¡Por fin bruja!, de Marie Desplechin

El Barco de Vapor (Serie Naranja), núm. 146

A sus doce años, Verde sigue sin demostrar interés por la brujería. Es más, dice que quiere ser una persona normal y que le gustaría casarse algún día. Se fija en los chicos de su clase y no disimula su asco ante los mejunjes que su madre confecciona para envenenar a los perros de la vecindad. ¡Vaya desastre!

¡Estás despedida!, de Rachel Flynn

El Barco de Vapor (Serie Naranja), núm. 149

Aunque Edward disfrutaba de una vida estupenda, justo aquel lunes por la mañana se sentía un poco fastidiado. Los calcetines no estaban en el cajón acostumbrado, nadie le había calentado la leche del desayuno... La verdad es que su madre no estaba haciendo su trabajo como debía. ¡Qué desastre! Así que a Edward no le quedó más remedio que despedirla. ¿Qué iba a hacer?

